OPINIÓN

Sin memoria no hay futuro

Por Erick Reyes · 21 de septiembre de 2026 · 6 min de lectura



Las demandas de las juventudes no nacen del capricho: **nacen de la incertidumbre**. La Encuesta Gen Z y Millennial 2025 de Deloitte muestra que, entre la generación Z en México, el costo de vida y la delincuencia o seguridad personal preocupan al 52%; la escasez de recursos, al 51%; el cambio climático y la protección del medio ambiente, al 46%; y el desempleo, al 39%. Detrás de estas cifras se encuentra el miedo a que trabajar no alcance, a vivir en un entorno inseguro, a no encontrar oportunidades y a heredar un planeta cada vez más deteriorado. En el fondo, lo que estamos exigiendo es algo mucho más sencillo y profundo: **la posibilidad real de construir una vida digna y un futuro que todavía valga la pena imaginar.**

Las juventudes tenemos que exigir certidumbre sobre el futuro. Tener un espacio en el cual estudiar, acceder a trabajos dignos, contar con una vivienda, vivir con seguridad y el poder desarrollar un proyecto de vida. También tenemos derecho a exigir que esas condiciones no dependan de la suerte, del lugar donde nacimos o de los recursos de nuestras familias, **sino de instituciones capaces de garantizar derechos y reducir desigualdades**. La preocupación que muestran los datos de Deloitte es una señal política: **existe una generación que observa con incertidumbre su presente y que exige condiciones reales para poder imaginar su futuro.**

Por la urgencia de esas demandas, debemos aprender a distinguir entre una propuesta política y **una promesa diseñada únicamente para capturar nuestro descontento**. Tener derecho a vivienda, salarios suficientes, educación, seguridad, salud, igualdad y un medio ambiente sano no debería significar aceptar automáticamente a

quien prometa garantizarlos mediante propuestas populistas presentadas como soluciones simples. Cualquier proyecto político tendría que responder preguntas mucho más incómodas: **cómo financiará aquello que ofrece, qué instituciones necesitará, quién asumirá sus costos y qué derechos pueden verse afectados en el camino.**

En diversas latitudes del mundo —y especialmente en América Latina—, las fuerzas de la derecha radical han logrado conectar con sectores juveniles mediante **discursos construidos alrededor del hartazgo con la política tradicional, la defensa de la libertad individual, la seguridad y el rechazo a las élites.** Argentina fue uno de los casos más visibles: durante la elección de 2023, Reuters documentó cómo Javier Milei logró conectar particularmente con **jóvenes frustrados por años de inflación y falta de oportunidades.** Ya en el gobierno, su administración impulsó recortes presupuestarios que afectaron a la educación pública y provocaron que los universitarios salieran a las calles. Al mismo tiempo, las políticas de ajuste se direccionaron a jubilados y pensionados, quienes también se han movilizado para reclamar por el deterioro de sus condiciones de vida. El descontento político se refleja en las encuestas: de acuerdo con un estudio reciente de Poliarquía, **la desaprobación de Milei alcanza el 52%** entre la ciudadanía argentina.

Chile nos ofrece otra advertencia sobre **la relación entre el presente y la memoria.** José Antonio Kast ganó la presidencia en diciembre de 2025, después de una campaña marcada principalmente por la seguridad, el endurecimiento de la política migratoria y el crecimiento económico. Su llegada al poder también reabrió una discusión que Chile conoce profundamente: **Kast hizo campaña por el "Sí" en 1988, que buscaba la permanencia de Augusto Pinochet en el poder**, y años después ha evitado describir aquel periodo como una dictadura, prefiriendo expresiones como "gobierno militar". Incluso ha realizado afirmaciones como que durante esa etapa "no se encerró a los opositores políticos", una declaración contradicha por los registros de las comisiones oficiales chilenas **sobre miles de víctimas de prisión política, tortura, ejecución y desaparición**. **El caso chileno recuerda que la memoria democrática no puede darse por sentada: cuando el pasado deja de conocerse, también resulta más fácil negar las consecuencias que tuvo.**

Nuestra generación, las personas jóvenes, **no podemos darnos el lujo de olvidar**. No podemos olvidar **el 2 de octubre de 1968**, cuando el Estado mexicano reprimió al movimiento estudiantil en Tlatelolco. Casi medio siglo después, durante la noche del 26 al 27 de septiembre de 2014, **43 estudiantes de Ayotzinapa fueron desaparecidos**; la Comisión para la Verdad concluyó que se trató de un crimen de Estado. Tampoco podemos olvidar **Atenco**, donde en mayo de 2006 la represión de las protestas derivó en graves violaciones a los derechos humanos; años después, la Corte Interamericana responsabilizó al Estado mexicano por detenciones arbitrarias, tortura y violencia sexual contra once mujeres. **Son heridas de nuestra historia que tenemos que mantener presentes, no para permanecer atrapados en el pasado, sino para reconocer hasta dónde llegaron estos gobiernos y cuánto daño causaron a nuestro país.**

Construir memoria histórica no debe ser una excusa para expulsar de la conversación a quienes piensan diferente. Una democracia necesita discusión, contraste y pluralidad. Pero también necesita reconocer que los derechos laborales, las libertades democráticas, el acceso a la educación y las instituciones de protección social no aparecieron espontáneamente: son resultado de décadas de conflictos, movilizaciones y conquistas colectivas. Por eso debemos mirar con especial atención a aquellos proyectos de derecha que presentan como "libertad", "eficiencia" o "ruptura con el sistema" propuestas que implican reducir la protección social, debilitar derechos o desmontar instituciones construidas precisamente para protegerlos. **La memoria sirve también para reconocer cuándo un retroceso intenta presentarse como modernización y cuándo una promesa de futuro pretende hacernos olvidar lo que otras generaciones tuvieron que conquistar.**

Las juventudes debemos seguir preguntando por nuestro futuro, pero también aprender a preguntar quién paga cada promesa, quién gana con cada reforma y qué consecuencias tendrán nuestras decisiones dentro de veinte o treinta años. Libertad, justicia, seguridad o progreso son palabras poderosas, **pero ninguna sustituye a un proyecto de país**. La memoria colectiva sirve precisamente para eso: no para decirnos qué debemos pensar o por

quién debemos votar, **sino para impedir que enfrentemos cada elección como si nada hubiera ocurrido antes.** Un futuro común requiere derechos materiales, instituciones capaces de garantizarlos y una generación suficientemente crítica para distinguir entre una consigna atractiva y una política capaz de cambiar realmente la vida de las personas.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/sin-memoria-no-hay-futuro
Descargado el 21 de noviembre de 2026.